

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

18º domingo del Tiempo Ordinario (2 agosto 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

No podemos pensar que con los milagros Jesús pretendiera atraerse la adhesión del pueblo a su persona y a su doctrina, ya que en tal caso habría de hablarse de su fracaso. Mas para los apóstoles la cosa era diferente. Fue una pedagogía directa, que sin explicaciones de cátedra, les hacía ver el poder sin medida de Jesús (¿quién es éste a quien obedecen el mar y los elementos?) y su infinita dulzura. Y así le fueron siguiendo sin desfallecimientos (Rovirosa, OC, T.I. 463).

Ahora más que nunca, son las personas, las comunidades, los pueblos quienes deben estar en el centro, unidos para curar, cuidar, compartir. Francisco (Carta a los Movimientos Populares. Domingo Pascua 2020).

Desde los textos, me sitúo en la vida

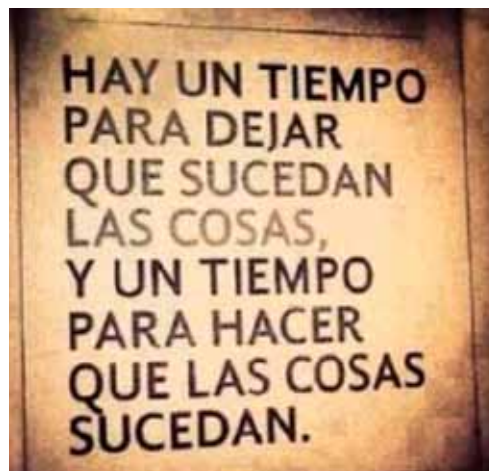
Necesitamos vivir la misma infinita dulzura de Jesús, para conmovernos como Él, para curar, cuidar, y compartir.

Se lo pedimos:

*«Venid, venid a mí, escuchadme y viviréis.
Sellaré con vosotros una alianza perpetua».
Nos lo ha dicho hoy Isaías (55, 1-3).*

*Es verdad que en el Evangelio Jesús nos manda:
«dadles vosotros de comer».
Entendemos en estas palabras de tu Hijo una llamada a salir de nuestra realidad y dejar que nuestro corazón se conmueva ante el sufrimiento o necesidad de nuestros hermanos. Pero para esto, para lanzarnos a nuestra familia, con nuestros amigos a repartir el pan de tu palabra y tu amor, antes tenemos que vivirlo y sentirlo nosotros.*

*Querido Dios Padre-Madre, necesitamos sentirte personalmente.
A veces la vida, los años y la rutina nos llevan a creer por costumbre, sin hablar personalmente contigo.
Hemos dejado arrinconada la oración y preferimos que otros nos hablen de ti.
Te pedimos que nos ayudes a recuperar con ilusión nuestra vida espiritual y nuestra vida de oración.
Gracias, Dios, buen Padre, buena Madre, porque Tú nos sostienes,
Tú nos das la vida y nos alimentas.
Gracias porque Tú nos regalas cada día el don precioso de la fe.
Amén.
(Rubén Ruiz, con adaptaciones)*



Hoy me dice LA PALABRA...

Mateo 14, 13-21.- Vio Jesús una multitud, se compadeció de ella.



Al enterarse Jesús se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados. Al desembarcar vio Jesús una multitud, se compadeció de ella y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despidete a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren comida». Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Les dijo: «Traédmelos». Mandó a la gente que se recostara en la hierba y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos y se saciaron y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Aquella experiencia vivida por el grupo que acompañaba a Jesús tuvo significativa importancia para los primeros cristianos, que descubrieron en este hecho un profundo mensaje de Jesús sobre su propia vida, y sobre la Eucaristía.

El relato nos aproxima al talante de Jesús, en quien la muchedumbre que le seguía descubría algo que no encontraban en otros maestros y dirigentes. Encontraban, por ejemplo, su capacidad de compadecerse, lleno de bondad y amor, solidariamente, con quienes sufren, hasta realizar gestos concretos de amor. Descubren su relación e intimidad con el Padre, que se realiza tanto en la soledad de la oración, como en la oración hecha entrega que nace desde las entrañas conmovidas.

En el relato se expresa lo que es el Reino de Dios: el don de Dios y el compartir humano; la voluntad vivificante de Dios se hace efectiva a través de nuestro compartir. Por eso, la autenticidad de nuestras eucaristías como celebración y expresión de la autenticidad de la propia comunidad cristiana va inseparablemente unida al don de Dios y que compartamos lo que somos y tenemos quienes participamos en ella.

En este mundo donde la injusticia se cobra cada día vidas humanas, y donde el individualismo egoísta es la guía de la existencia para muchos, la Eucaristía anticipa otra nueva realidad social, la del Reino, y nos compromete a construir social y políticamente otra nueva humanidad. Es memorial de Jesús siendo también celebración de nuestro compromiso de vida, por la vida digna y posible de todos.

Las víctimas de este sistema inhumano que deja y acrecienta la pandemia que hemos vivido son hoy esa multitud necesitada que ha de movernos a la compasión, que necesita nuestra cercanía, que espera ser curada, alimentada, revivida. Es esa multitud precaria y descartada que sobrevive buscando poder vivir. Lo que encuentran en muchos casos es desprecio, racismo, xenofobia, odio al pobre, culpabilización, descarte, modernizadas esclavitudes, y un muro cada vez más infranqueable para «protegerlos» de ellos. Encuentran una insolidaridad que nada tiene que ver con entrañas compasivas, y que hace oídos sordos al mandato del Señor: «Dadles vosotros de comer».

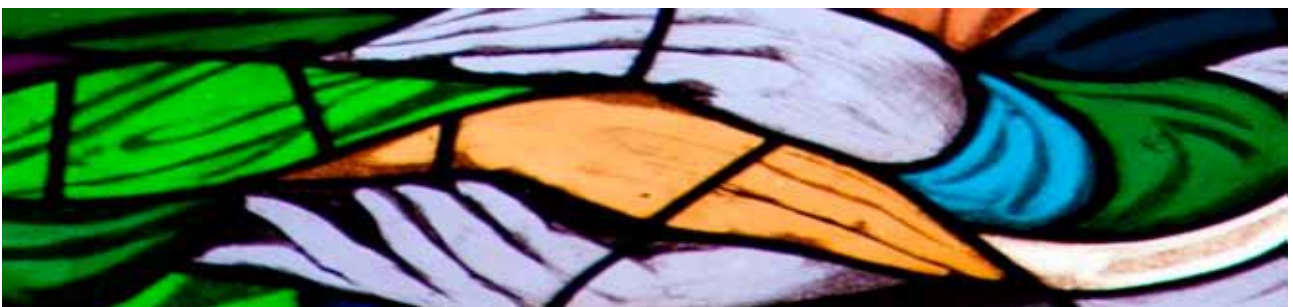
Frente a la «solución» de los discípulos que significa desembarazarse del problema para tranquilizar la conciencia, haciendo a cada uno responsable de su propia hambre, de su propia situación; frente a la lógica consumista del sistema, Jesús opone la lógica del don y la gratuidad. Así, lo poco que cada uno tiene se descubre como don, no como propiedad, y puede entregarse generosamente, fraternamente, para construir comunión de vida y de bienes. Cuando nos liberamos del egoísmo sobra para hacer frente a las necesidades de todos.

En esta sociedad satisfecha y segura la pandemia vivida ha aflorado con más fuerza las mil clases de hambre profunda que existen entre nosotros: el hambre de pan, de trabajo, de dignidad, pero también de hogar, de solidaridad, de familia y fraternidad, de humanidad y de encuentro, de sentido, de confianza y seguridad, de esperanza, de fe, de amor.

Frente a propuestas deshumanizadoras, el evangelio nos anima a encontrar, porque las hay, otras respuestas de vida que nos descolocan, pero que nos enriquecen porque nos humanizan. Respuestas que pasan por recuperar la capacidad de amar, transformando nuestra vida en servicio, y abriendo posibilidades a otra existencia más digna, más justa, más humana y más fraterna, en comunión.

Nuestra Eucaristía quiere celebrar, bendecir y compartir, esa existencia posible del Reino que Dios nos regala. Lo hacemos en torno a la mesa fraterna en la que todos encontramos sitio. Y desde ahí somos enviados a vivir eucarísticamente, haciendo posible un mundo capaz de acoger a toda persona para compartir esa misma vida digna de los hijos e hijas de Dios.

Me sitúo yo también en esta escena del evangelio para escuchar lo que Jesús me pide, lo que me ofrece; para preguntarme con mi proyecto de vida por delante, cómo seguir viviendo la triple comunión de vida, de bienes, de acción, con los empobrecidos del mundo obrero. Para preguntarme en oración cómo hacer de mi vida Eucaristía.



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Compartir

*Partir con quien nada tiene,
pero que es digno de todo
a sus ojos
y a los de Dios.*

*Partir no solo lo sobrante
también de lo que hemos robado,
lo que hemos trabajado,
y hasta lo necesario.*

*Partir por justicia, por amor,
por encima de lo que es legal,
sin llevar la cuenta,
hasta que el otro se sienta a gusto.*

*Partir con sencillez y entrega,
sin creerse superior o mejor,
sin exigir cambio
o reconocimiento.*

*Partir evangélicamente
en todo tiempo,
en todo lugar,
en toda ocasión,
ahora ya.*

*Partir,
o al menos intentarlo;
nunca en soledad,
siempre en compañía;
nunca para salvar,
y menos aún para sentirse salvado;
sencillamente para hacer posible
el compartir,
como Tú, Señor.*



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

*Señor, Jesús,
Que tu Reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres...*

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.